



CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch

noviembre/diciembre 2022

Índice n° 6/2022

2	Los milagros del Señor Jesús	<i>W.W. Fereday</i>
6	El ministerio ¿cómo lo practicamos?	
10	Padres — Jóvenes — Hijitos	<i>F.G. Burkitt</i>
13	La salvación	<i>J.A. Monard</i>
16	La curación de Naamán	<i>H. Bouter</i>

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

Los milagros del Señor Jesús

(Viene de la página 5 del n° 5/2022)

16. El impuesto del templo

Mateo 17:24-27

Era completamente natural que los cobradores de impuestos de Capernaum preguntaran a Pedro si su Maestro pagaba las dos dracmas que todos los varones en Israel debían dar para el templo. A los ojos de ellos Él era solamente un predicador itinerante, quizás un profeta, pero en todo caso obligado a pagar este impuesto como todos. Al responder la pregunta afirmativamente, Pedro se equivocaba grandemente. Poco antes él mismo había confesado a Cristo como “el Hijo del Dios viviente”, y había recibido del Señor su plena aprobación por esto (16:16-17). Pero ahora él reconocía que Jesús debía someterse al impuesto, como si fuera un simple israelita. Al entrar en la casa, el Señor, conociendo todo lo sucedido, “le habló primero, diciendo: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran los tributos o los impuestos? ¿De sus hijos, o de los extraños? Pedro le

respondió: De los extraños. Jesús le dijo: Luego los hijos están exentos” (v. 25-26).

Una declaración simple, ¡pero cuán acertada! Jesús de Nazaret era el Hijo de Aquel que moraba en el templo. De su Hijo, el gran Soberano del universo no podía ni quería exigir nada. Pero obsérvese el plural: “hijos”. Jesús asociaba a Pedro con él mismo, como compartiendo su propia posición y relación con Dios. ¡Qué gracia asombrosa! La Escritura es muy explícita al respecto: “Ya no eres esclavo, sino hijo... todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús” (Gálatas 4:7 y 3:26). Lo debemos a la sangre expiatoria del Salvador, que ha quitado todos nuestros pecados, ofreciendo a Dios un justo fundamento para el despliegue de todo su amor y gracia. La sangre de Cristo da a todos los que creen en él el privilegio de tener parte en las relaciones del Hijo con el Padre y de estar con él en su gloria celestial para siempre.

Pero estas maravillas no eran todavía reconocidas por el mundo. Ni Cristo, ni tampoco los suyos son considerados en su verdadera posición de exaltación como hijos del Padre. Por tanto, el tributo debía ser pagado sin reparos. Ni objeción, ni resistencia alguna podía proceder del manso y humilde Señor. Si el medio siglo para la expiación hubiese sido demandado en el tiempo

del censo (Éxodo 30:11-16), el caso habría presentado serias dificultades; pero este impuesto era de una naturaleza diferente, se trataba de un mero impuesto para el mantenimiento de la casa de Dios (2 Crónicas 24:4-6).

Nótese la tierna consideración de nuestro Señor: “Sin embargo, para no ofenderles”. Él prefería pagar lo que se le pedía, aunque esto era injusto y objetable, antes que poner en peligro el testimonio de Dios al provocar los envidiosos comentarios de los incrédulos. ¡Cuán poco este ejemplo ha sido atendido por los cristianos cuando tienen la impresión de ser tratados injustamente!

Aunque la suma exigida era pequeña, el Salvador no la poseía. La creación debía por tanto suplirla a su mandato. “Vé al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que saques, tómalo, y al abrirle la boca, hallarás un estatero; tómalo, y dáselo por mí y por ti”. Todo, y cada cosa, viento, olas, peces, demonios, etc., discernían quien era Él, salvo el pobre y cegado hombre. ¡Pensamiento! La más favorecida de todas las criaturas de Dios, ¡es la más ciega a causa del pecado! Aun así, su infinita gracia adquirió y levantó a multitudes de seres humanos, y los ha puesto en la compañía de su Hijo amado, de manera que él pudo enlazarlos y unirlos consigo mismo y decir: “Por mí y por ti”.

17. El ciego Bartimeo

Mateo 20:29-34; Marcos 10:46-52;
Lucas 18:35-43

El Salvador estaba en camino a Jerusalén por última vez. En menos de una semana todas las aflicciones de la tierra se terminarían para él. La muerte, con su agonía y vergüenza, estaría detrás de él, y su cuerpo sería puesto en una tumba. El sentía el peso de todo lo que se estaba acercando, pero nada podía detener su mano bondadosa. La miseria y las necesidades de los hombres despertaban siempre la ternura de su corazón.

Acababa de salir de Jericó, después de haber estado en la casa de Zaqueo (Lucas 19). Antiguamente esta ciudad estaba bajo una maldición especial, pero eso no constituía un obstáculo para él; su gracia se elevaba por encima de toda dificultad. De no ser así, él nunca habría visitado la tierra, tanto tiempo bajo la ira de Dios a causa del pecado. Un mendigo ciego, escuchando el ruido de la multitud, preguntó a qué se debía esto, y supo que Jesús de Nazaret estaba pasando por allí. Marcos nos dice que su nombre era Bartimeo, mientras que Mateo nos hace saber que éste tenía un compañero. Ésta es la tercera vez que encontramos a dos personas necesitadas en el evangelio de Mateo, allí donde los otros evangelios sólo hablan de una.

Bartimeo clamó fuertemente: “Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí”. Aunque se dirigió al Señor con este título, el Salvador no le hizo reproches. Al usarlo Bartimeo tenía razón, al contrario de la mujer sirofenicia. Nacido en Israel, él tenía el derecho de esperar el Rey del linaje de David, quien debía abrir los ojos de los ciegos, y los oídos de los sordos, etc. (Isaías 35:5-6). Los que rodeaban a Bartimeo trataban de silenciarlo, pero sin lograrlo, “él clamaba mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí!” (Marcos 10:48). Si él hubiese perdido esta oportunidad no habría tenido otra, porque el Señor nunca más volvió a visitar Jericó.

Su clamor llegó a oídos del Señor. Sabiendo que era llamado a acercarse, el ciego, “arrojando su capa, se levantó y vino a Jesús”. Este pobre hombre nos enseña muchas lecciones. Hay un vestido de justicia propia que multitudes hoy llevan sobre ellos para perjuicio de sus propias almas. ¡Oh, que ellos puedan deshacerse de estos, y como pecadores venir a los pies del Salvador! (Romanos 10:3). Muchos de nosotros también haríamos bien en imitar al ciego Bartimeo clamando insistentemente por la liberación; tendríamos la experiencia de la respuesta rápida del Señor. Una sola palabra del Señor Jesús bastó para su sanidad: “Vete, tu fe te ha salvado”, “Y luego vio, y le

seguía, glorificando a Dios; y todo el pueblo, cuando vio aquello, dio alabanza a Dios” (Lucas 18:43).

El Señor no le mandó a Bartimeo que se quedará en silencio acerca de su sanidad como cuando sanó a dos ciegos un tiempo antes (Mateo 9:30). Él debía presentarse públicamente en Jerusalén como el Rey por tanto tiempo esperado, y era bueno que un testimonio fuese dado en ese momento de su Persona y poder. Pero el más claro testimonio no valía de nada para los hombres cegados bajo el poder de Satanás. Ninguna corona lo esperaba en Jerusalén, sino sólo una corona de espinas; no era el trono de gloria que se estaba preparando para Él, sino una cruz de vergüenza. En los maravillosos designios de Dios, esta cruz nos asegura una eterna salvación y nos libra de eterno juicio.

18. La higuera maldecida

Mateo 21:18-22; Marcos 11:12-14; 20-26

Cada milagro realizado por el Hijo de Dios sobre la tierra fue un acto de bondad y de misericordia, con la única excepción de la maldición de la higuera estéril. Esto ocurrió durante su última semana de su camino de aflicción. Ejerció su ministerio en Jerusalén durante esa semana, pero cada tarde él salía de Jerusalén para alojarse en

Betania. Prefería la simplicidad y la realidad de la casa de Lázaro y sus hermanas, al muerto formalismo religioso que encontraba en Jerusalén.

Una mañana, pasando por el camino entre Betania y Jerusalén, Jesús se paró cerca de una higuera para tomar algunos frutos. Encontró hojas en abundancia, pero ningún higo. No era tiempo de higos (Marcos 11:12-14). Pronunció entonces una maldición sobre este árbol: “Nunca jamás nazca de ti fruto”. Y la higuera se secó desde las raíces (v. 20; Mateo 21:19).

Este proceder fue único, y su severidad inusual en la vida de nuestro Señor. De manera que vale la pena detenernos y buscar el significado de ello. Un tiempo antes él había asemejado al pueblo judío a una higuera plantada en una viña (Lucas 13:6). Esto nos da la clave para comprender este notable incidente. Él mismo era Dios que había mostrado favor y cuidado a Israel por siglos, y quien tenía derecho a esperar algo a cambio. Pero, la historia de Israel ha sido una de pecado y rebelión desde el comienzo. Bajo cada prueba divina no produjeron nada, sino espinos y abrojos. Ahora él había venido desde el cielo en persona para ponerlos a la prueba suprema de su presencia. Esto pronto terminaría en su muerte. Conspiraban contra él, y en unos pocos días estaría

en una tumba. Él lo sabía perfectamente bien. La maldición de la higuera era por tanto una acción simbólica; porque este árbol representaba a Israel bajo el antiguo pacto, que pronto debía ser absolutamente rechazado como estéril para Dios sobre la tierra. Cuando Dios reúna y coseche fruto de esa nación, será de una nueva generación bajo el nuevo pacto de gracia en el reino milenial.

La maldición de la higuera contiene un mensaje tanto para los hombres de la cristiandad como para los hombres de Israel. La historia de Israel es un espejo en el cual todos los hombres pueden verse reflejados. La cristiandad hoy es tan infructífera para Dios y alejada de él, como Israel en el pasado. Podemos observar cómo se caracteriza por una profesión religiosa vana y sin valor. En ninguna esfera hay tantas apariencias como en la religiosa. Los hombres conmemoran con fiestas el nacimiento del Salvador mientras desprecian su salvación; edifican costosos templos en su nombre mientras le niegan un lugar en sus corazones; celebran con pomposos rituales su muerte expiatoria mientras la desprecian en sus vidas. El Juez del culpable Israel no ignorará para siempre a la cristiandad, aún más culpable que Israel. Romanos 11:16-22 nos presenta su justo destino. Dejemos de lado

este formalismo engañoso. El que nos amó y se entregó por nosotros es digno de que nuestros corazones den algo a cambio.

(Continuará)

El ministerio ¿cómo lo practicamos?

Reuniones de iglesia

Las Escrituras nos presentan las reuniones de creyentes como reuniones de iglesia. “Cuando os reunís como iglesia...” (1 Corintios 11:18), dice el apóstol Pablo, introduciendo una enseñanza sobre el partimiento del pan. “Si, pues, toda la iglesia se reúne en un solo lugar...” (14:23), señala en este capítulo el lugar donde el ministerio se realiza en completa libertad, bajo la dirección del Señor, para edificación. En Hechos 12, encontramos a la iglesia reunida para orar (v. 5). Creyentes, por ejemplo algunos hermanos y hermanas, también pueden reunirse ocasionalmente para orar o leer la Palabra, reunir a niños o jóvenes para enseñarles, pero dichos encuentros no tienen el carácter de reuniones de iglesia.

En una reunión de iglesia, existe la **plena libertad del Espíritu de Dios** para usar a los hermanos que él quiere y como él quiere. Alguien puede pedir un cántico, leer un pasaje de las Escrituras, orar, expresar una alabanza, o incluso enseñar basándose en la Palabra de Dios; cada acción, por supuesto, en consonancia con el carácter de la reunión.

Reuniones de edificación

La reunión de edificación en la libertad del Espíritu sólo puede lograrse en total sumisión a la enseñanza de la Escritura. Esto implica que toda la iglesia y cada uno en particular esté dispuesto a recibir lo que el Señor conceda, lo que la iglesia necesite en ese momento. Leemos de los corintios que “nada os falta en ningún don” (1 Corintios 1:7), y de esta abundancia surgió el peligro de que los hermanos participaran de manera excesiva (14:26). Por lo tanto, era necesario exhortarlos a la moderación. Debido a que en esa época algunos tenían el don de lenguas, se da la advertencia de usarlo únicamente cuando se pueda hacer una interpretación comprensible. Podían hablar, pero “sea esto por dos, o a lo más tres”, y uno tenía que interpretar (v. 27). Del mismo modo, si los profetas hablaban, debían ser “dos o tres” (v. 29). El ministerio profético es el que se dirige en nombre de Dios a

los corazones y las conciencias. No implica necesariamente el anuncio de acontecimientos venideros, pero es, al menos hoy, la presentación de la Palabra como mensaje de Dios en relación con las necesidades del momento.

Preparación

Los hermanos que participan en el ministerio deben estar preparados de antemano en sus corazones y en sus mentes. Por supuesto, no tienen que memorizar las palabras que usarán, ni precisar el desarrollo de su tema. Deben seguir dependiendo del Señor para poner los pensamientos correctos en sus corazones y las palabras adecuadas en sus bocas, en el momento oportuno, por el poder del Espíritu Santo. Pero está claro que si no han dedicado tiempo a leer, meditar o estudiar la Palabra de Dios, o si sus mentes están ocupadas con las cosas de la tierra, no estarán en condiciones de hablar.

Dependencia

Puede suceder que durante varios días un tema haya ocupado mucho el corazón de un hermano, y éste llegue a la reunión con tales pensamientos en mente. El Señor puede valerse de él para bendecir a la iglesia, pero este hermano no debe apresurarse a hablar. Si tiene

presente la calma de la fe y espera que el Espíritu de Dios le dé las palabras para expresar lo que está en su corazón, eso estará bien. Sin embargo, también puede ser que a su debido tiempo, el Señor conduzca las cosas en otra dirección. En este caso, puede que no participe en el servicio o que exprese algo que corrobore un mensaje ya dado. Un hermano apto para presentar la Palabra también puede venir a la reunión sin tener un tema en particular en mente, y esperar ser guiado por el Espíritu, siendo totalmente libre de decir, si es necesario, lo que Dios le pondrá en el corazón cuando llegue el momento. En todos estos casos, es fundamental que uno se someta tranquilamente al Señor y sea verdaderamente dueño de sí mismo, según la expresión de este capítulo 14: “Los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas” (v. 32).

Complementariedad y armonía

Si el Señor mueve a un hermano a decir unas palabras, es preferible que lo que pueda expresar otro hermano a continuación tenga alguna relación con lo que ya se haya expuesto. De este modo se manifiesta la comunión práctica entre los hermanos que participan en el ministerio de la Palabra. Una segunda o tercera intervención puede confirmar lo dicho anteriormente, y

presentar el mismo tema desde otro punto de vista, o exponer algunos elementos de un asunto adicional, e incluso desarrollar el tema a nivel práctico.

Reuniones de estudio

Si en una iglesia existen muchos dones para el ministerio (como en Corinto), no hay inconveniente en hacer reuniones de edificación en la plena libertad del Espíritu Santo con regularidad, por ejemplo, una o dos veces por semana. En las iglesias donde hay un número muy pequeño de hermanos, o incluso uno solo, con el don de presentar la Palabra, puede ser ventajoso reemplazar algunas de estas reuniones de edificación por reuniones de estudio, en las que varios hermanos puedan aportar algo para la edificación de la iglesia, o hacer preguntas que conlleven respuestas provechosas. Se debe considerar que si la carga del ministerio recae habitualmente en un hermano, ya no tenemos realmente la reunión en la libertad del Espíritu según 1 Corintios 14.

En las reuniones de estudio, el tema se fija de antemano. Se considera el texto bíblico elegido que brinda la oportunidad de abordar temas instructivos que, de otro modo, nunca se tratarían. Y aunque estas reuniones no sean exactamente las que se describen en 1 Corintios 14,

los principios esenciales de este capítulo sirven de guía. Se procurará que “se haga todo para edificación” (v. 26). Se esforzará por presentar la verdad de manera que sea entendible por los presentes (v. 7-8). Qué bendición para todos y qué gozo en los corazones si, al ejemplo de la reunión pública descrita en Nehemías, uno lee la Palabra de Dios claramente, y da el sentido, de modo que se entienda la lectura (Nehemías 8:8, 12). Se mantiene el principio general: “Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo” (1 Pedro 4:11).

Dado que la enseñanza de la Palabra es el objetivo principal en una reunión de estudio, los hermanos capaces de enseñar serán quienes desempeñarán el papel más importante. Las preguntas serán bienvenidas, ya que estimulan la atención de la audiencia. Los hermanos se considerarán unos a otros y mostrarán un espíritu de sumisión entre sí en el temor de Dios (Efesios 5:21). Se evitará contiendas sobre palabras, no se persistirá en su opinión y juntos buscarán el pensamiento de Dios en su Palabra, que tiene su lugar de autoridad en todos los corazones. Mediante su modesta y gradual participación en las reuniones de estudio, los

hermanos jóvenes progresarán de tal manera que podrán aportar algo en las reuniones de edificación teniendo el carácter de reuniones de iglesia según 1 Corintios 14.

Participación de hermanos jóvenes

Los hermanos jóvenes que leen habitualmente la Palabra, que tienen cierta capacidad de expresión y que desean servir al Señor, ciertamente deben ser animados a participar activamente en el ministerio en la iglesia. En primer lugar, su participación en la reunión de oración y adoración será motivo de alegría y gratitud para todos. Luego, su compromiso los llevará más lejos. Pero no es apropiado que comiencen su ministerio enseñando en la iglesia.

Ministerio a los niños

Por otro lado, los hermanos jóvenes también pueden formarse enseñando la Palabra a los niños o adolescentes durante los encuentros especiales destinados para ellos. Estas reuniones son un excelente entorno para ejercitarse. La materia enseñada en estas ocasiones es ciertamente más limitada que la que sustenta a la iglesia, pero la necesidad de presentar la Palabra sin distorsionarla es igualmente grande.

No se debe cumplir tales servicios a la ligera y se debe procurar ser fiel en los más mínimos detalles de lo que el Señor confía. Preocuparse de las almas jóvenes y reparar en sus necesidades personales llevarán a los hermanos —o hermanas— que los ministran, a estudiar la Biblia para que puedan presentar de ella los aspectos más simples de una manera adecuada para el crecimiento espiritual de los oyentes. Al enseñar a otras personas, ellos mismos se alimentarán y prosperarán.

Ministerio de predicación del Evangelio

Tengamos también en cuenta esta parte importante del ministerio cristiano que es la predicación del Evangelio a las almas perdidas. Este servicio se ejerce con mayor frecuencia fuera del ámbito de la iglesia, y su objetivo es llevar allí a aquellos que han recibido a Jesús como su Salvador. El apóstol Pablo nos muestra un admirable equilibrio en su celo por la predicación del Evangelio y por el fortalecimiento de quienes lo han recibido. Podía presentarse a sí mismo como un “ministro” del “evangelio” y un “ministro” de la “iglesia” (Colosenses 1:23-25). En su primer viaje misionero, lo vemos pasar por diversas ciudades y varias personas fueron llevadas al Señor. Luego,

con su compañero, regresó a estas ciudades “confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe...” (Hechos 14:22). Y un poco más tarde le dijo a su compañero: “Volvamos a visitar a los hermanos en todas las ciudades en que hemos anunciado la palabra del Señor, para ver cómo están” (15:36).

Ministerio en el ámbito personal o familiar

De hecho, a todos nos concierne este ministerio. Todos los creyentes, hombres o mujeres, jóvenes o ancianos, tienen un servicio que realizar. “Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular” (1 Corintios 12:27). Como en un cuerpo humano, todos los miembros deben desempeñar una función. Este gran hecho no sólo debe manifestarse cuando la iglesia está reunida, sino todos los días. Es necesario “que los miembros todos se preocupen los unos por los otros” (v. 25). La realización práctica de estas funciones abre la puerta a multitud de servicios. Algunos de estos se realizan a través de contactos individuales: Pablo les había “anunciado y enseñado, públicamente y por las casas” (Hechos 20:20). Los servicios cumplidos en el ámbito personal y familiar no son menos valiosos que los que son manifestados

en público. Todos son necesarios. Las epístolas mencionan muchos servicios efectuados por hermanas, en los ámbitos que les corresponden (véase por ejemplo: 1 Timoteo 5:10; Tito 2:3-5).

Sea cual sea nuestra edad y nuestra situación, tomemos en serio la exhortación que Pablo le envió a Arquipo: “Mira que cumplas el ministerio que recibiste en el Señor” (Colosenses 4:17).

Adaptado del Inglés

Padres — Jóvenes — Hijitos

1 Juan 2:13-27

Los escritos del apóstol Juan tienen una importancia muy particular para nosotros en el tiempo actual. Juan es el último de los escritores inspirados y la gran verdad que expone es la Persona de Cristo como fundamento de todo el cristianismo. También desarrolla ampliamente el tema de la vida eterna en relación con la persona de Cristo.

Comienza de manera notable; no se dirige a una iglesia particular, sino que presenta a Cristo

manifestado sobre la tierra, como la vida eterna que estaba junto al Padre, en toda la intimidad de esta preciosa relación. Este tema lo lleva a mostrar lo que era la vida, perfectamente manifestada en Cristo, y que nos fue comunicada.

¡Qué profundidad tenemos en tales revelaciones! En Él encontramos el Infinito que “ha venido en carne” (1 Juan 4:3) por amor a los hombres. Se compadece de nosotros en nuestras penas y pruebas. Jesús en este mundo tenía un corazón lleno de ternura y compasión para con los suyos. Quedando en las orillas de este océano de la gracia infinita, podemos recoger muchas perlas preciosas; pero jamás sondearemos completamente su profundidad, ni agotaremos los tesoros que contiene.

En el capítulo que nos ocupa, el apóstol se dirige a tres clases de creyentes: “padres”, “jóvenes” y “hijitos” (o niñitos¹). Dice a los padres: “Conocéis al que es desde el principio”; y esta palabra es repetida dos veces. Así, lo que caracteriza a los padres es el conocimiento de Cristo. Pero hay en Él, como lo hemos escrito, una profundidad de riquezas tal que no pueden ser jamás sondeadas en su totalidad.

El “padre” es aquel que ya está en el camino desde hace un tiempo y tiene una gran experiencia cristiana; pero siempre puede volver a contemplar los inescrutables tesoros que encontramos en Aquel que era “Dios... manifestado en carne” (1 Timoteo 3:16), el “Verbo fue hecho carne” (Juan 1:14), y seguir estando, como al principio, en esta contemplación. ¡Qué precioso objeto de meditación, adoración y eternas alabanzas!

A los jóvenes el apóstol dice: “habéis vencido al maligno” y “sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros”. Los jóvenes habían estado en el camino un cierto tiempo; no eran novicios. La fuente de su fuerza era: “La palabra de Dios permanece en ellos”.

Aquí no se trata de un conocimiento humano que podría enorgulleclos y extraviarlos sino de la Palabra de Dios que permanece en ellos. Tampoco el alma es preservada por el mero conocimiento de las Escrituras, sino por la verdad enseñada por el Espíritu que nos pone en comunión con Dios mismo. Es así que el Señor como hombre obediente y dependiente respondió por la Palabra escrita a toda la astucia y engaño de

¹ N. del E: En el original griego, la palabra “hijitos” utilizada en los versículos 12 y 28 es la misma y se dirige a todos los cristianos, mientras que en los versículos 13 y 18 la palabra “hijitos” corresponde a «niñitos» que es el primer grado de madurez espiritual cuando el recién convertido entra en la familia de Dios.

Satanás. Es el ejemplo puesto delante de nosotros.

“No améis al mundo” les dice el apóstol Juan a los jóvenes. Esto es muy significativo, porque es después de haber recorrido el camino cristiano durante un tiempo cuando el mundo ofrece al hombre todas sus atracciones. Aquel que es recientemente convertido y se pone en camino, es lleno de celo y amor, no mira con envidia las vanidades del mundo; pero después de cierto tiempo le es necesario hacer la experiencia de las decepciones de la vida y de las dificultades del camino. Es en ese momento que el mundo comienza a hacer valer sus pretensiones y que las insinúa tan fácilmente en el corazón.

¿Y qué es el mundo? Tres expresiones lo resumen: el deseo de la carne, que está en el interior y llama a los deseos carnales del hombre; el deseo de los ojos que está en el exterior y ejerce su atracción sobre los sentidos; y el orgullo de la vida. Este último parece ser lo que se dirige especialmente al hombre que desea distinguirse en la sociedad y en el mundo de la ciencia, de la política, del trabajo, etc.

El mundo es un sistema perfectamente adaptado al hombre natural, tanto para el pobre como para el rico. El mundo es algo que está siempre presente, a nuestro lado,

empujándonos a adorar y servir a Satanás, su señor y maestro. ¡Cuántos cristianos vieron su testimonio arruinado por haber escuchado sus seducciones!

Pero “el mundo pasa, y sus deseos”. No hay nada en él que permanezca y que sea duradero, no obstante, mientras permanece, sirve para los designios de Satanás seduciendo el corazón para alejarlo de Cristo.

Después de los jóvenes están los “hijitos” (véase la nota en la página 156). “Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre” (v. 13). ¡Cuán precioso es! El más joven en la familia de Dios, aquel que recientemente gustó su amor, conoce al Padre. Puede levantar los ojos hacia Él y decirle: “¡Abba, Padre!” (Romanos 8:15). Sin embargo el apóstol emplea diez versículos dirigiéndose a los hijitos. Les dice que es el último tiempo y les advierte con respecto a los anticristos: “ahora han surgido muchos anticristos” (v. 18). El anticristo aparecerá en el tiempo señalado, después de que la Iglesia sea elevada a la gloria. Él será la encarnación de la incredulidad definitiva mientras que los “muchos anticristos” son los precursores de él.

Los días de Juan se parecen a los de nuestro tiempo, en los cuales hay hombres que niegan las tres personas de la trinidad, y sin duda es necesario contar entre

ellos a todos los conductores de numerosas falsas religiones que niegan la divinidad de Cristo. En los días del apóstol Juan, habían estado en la Iglesia cristiana y salieron de allí; es decir que habían abandonado el cristianismo para volver al mundo. Hoy, desgraciadamente, quedan en la iglesia que profesa ser cristiana y en la que se enseña el modernismo, poniendo en duda la Palabra de Dios, y anunciando ideas opuestas al cristianismo.

Pero los hijitos tenían “la unción del Santo” y conocían “todas las cosas” (v. 20); no necesitaban que alguien les enseñara. Esto no significaba que debían despreciar una enseñanza sana, sino que no dependían del hombre: tenían la vida divina, la nueva naturaleza, y sobre todo al Espíritu Santo para instruirlos y enseñarles la verdad simplemente por medio de la Palabra escrita.

He aquí lo que Dios puso en reserva en su gracia, aun para los miembros más jóvenes de la carrera cristiana. No podemos depender de la iglesia o de autoridades eclesiásticas para ser dirigidos, sino tenemos a Dios, su Palabra y su Espíritu para instruirnos y conducirnos en toda la verdad. El sabía desde el comienzo que vendría este mal actual y proveyó en su Palabra las advertencias y los recursos completos a

los cuales somos responsables de recurrir.

F.G. Burkitt

La salvación

***Pregunta:** En la Biblia, ¿cuáles son los diferentes significados de la palabra «salvación»?*

Sentido general

Es útil notar que las palabras «salvar» y «salvación» tienen un sentido muy cercano a «librar» y «liberación». Una liberación puede ocurrir en contextos muy diferentes. Cuando Pedro caminaba sobre el mar, comenzó a hundirse y gritó: “¡Señor, sálvame!” (Mateo 14:30). Y fue librado de ahogarse.

Jesús dijo a Jairo cuya hija acababa de morir: “No temas; cree solamente, y será salva” (Lucas 8:50). Al instante la niña fue resucitada, librada de la muerte.

El Señor dijo a una gran pecadora: “Tu fe te ha salvado, ve en paz” (7:50); es la confirmación de su declaración anterior: “Tus pecados te son perdonados” (v. 48). Fue librada de la condenación merecida por sus pecados.

Los que se burlaban de Jesús sobre la cruz dijeron: “A otros salvó;

sálvese a sí mismo” (23:35), refiriéndose a las liberaciones que Jesús había hecho y ¡provocándolo a descender de la cruz!

El apóstol Pablo, prisionero, ponía su confianza en Dios para que las nefastas maquinaciones de sus adversarios fueran transformadas para su bien y no para su mal. Dijo: “Sé que por vuestra oración y la ministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación” (Filipenses 1:19).

La salvación eterna

La salvación de nuestras almas

Cuando empleamos las palabras salvación o salvar, a menudo nuestros pensamientos se concentran sobre la liberación esencial que nos hace pasar de la muerte a la vida. Citemos algunos de los numerosos pasajes que nos presentan esta salvación:

“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo” (Hechos 16:31).

“En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (4:12).

“No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Romanos 1:16).

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Efesios 2:8).

Hemos sido liberados de nuestra condición de pecadores y su condenación. Hemos sido lavados de nuestros pecados y justificados delante de Dios. Recibimos la vida eterna. Venimos a ser hijos de Dios. Esta salvación nos une a Cristo de manera maravillosa: Dios nos ve “en él”, y nos hizo “aceptos en el Amado” (Efesios 1:6). Y todo esto no se nos puede quitar.

La salvación consumada, completa

Sin embargo, aunque está perfectamente asegurada desde el día en el que recibimos al Señor Jesús por la fe, nuestra salvación será completa en el momento en que nuestro cuerpo mortal sea transformado y seamos introducidos en la gloria. Estamos todavía sobre la tierra en donde sufrimos, en estos cuerpos caracterizados por el pecado y las debilidades. Pero pronto seremos liberados de esto y conoceremos la salvación en su plenitud. He aquí algunos pasajes que nos hablan de la salvación que está delante de nosotros:

“Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya” (Filipenses 3:20-21). Esta transformación será la etapa

final de nuestra salvación; es por eso que esperamos a Jesús como Salvador.

“Ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. La noche está avanzada, y se acerca el día” (Romanos 13:11-12).

“También Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” (Hebreos 9:28).

“Sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero” (1 Pedro 1:5).

La salvación en nuestro andar diario

Por otro lado, cada día tenemos la necesidad de ser librados de los peligros espirituales a los que estamos expuestos. Andamos en un mundo en el cual el mal nos rodea por todos lados, estamos sujetos a las tentaciones de nuestro propio corazón, y Satanás busca seducirnos. A causa de esto necesitamos el socorro constante de nuestro Salvador para librarnos (o salvarnos).

Dos pasajes que nos presentan esta salvación:

1) “Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor”

(Filipenses 2:12). Con respecto a este pasaje un hermano escribió: «Los peligros del exterior amenazaban a los creyentes, y en el interior estaban expuestos a disensiones. Era pues necesario redoblar energías para realizar y manifestar el sentir que hubo en Cristo Jesús. Haciendo esto se ocuparían en su salvación y en la liberación de los peligros a los que estaban expuestos. Era necesario hacerlo con temor y temblor, recordando su debilidad. Pedro, antes, había pensado poder obrar por su propia salvación sin temor ni temblor, y sabemos lo que sucedió» (F.B. Hole). Para ilustrar este pasaje de la epístola a los Filipenses, se dio este ejemplo: Si tengo un libro malo en mi biblioteca, me ocuparé en mi salvación eliminándolo de mi casa, y así no tendré la tentación de leerlo.

2) “Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren” (1 Timoteo 4:16). «La salvación aquí es la liberación de los peligros de los cuales el Espíritu nos advierte expresamente al principio del capítulo» (F.B. Hole).

J.A. Monard

La curación de Naamán

(Viene de la página 18 del n° 5/2022)

5. El final de Giezi (2 Reyes 5:20-27)

Después de ver cómo Naamán fue limpiado y de cómo dedicó su vida a Dios, prestaremos atención ahora al final triste de Giezi. Éste es un serio aviso para las personas que profesan ser cristianas.

La ambición de Giezi

El final de este capítulo bíblico forma la contraparte oscura de la historia de la purificación de Naamán. La ambición de Giezi contrastó agudamente con la generosidad de Naamán. Las mentiras del criado acentuaron la sinceridad de su señor aún con más intensidad.

Vemos igualmente aquí que Dios prueba la mente y el corazón (Salmos 7:9; Jeremías 11:20), discierne los pensamientos y las intenciones del corazón (Hebreos 4:12). Aclara lo oculto de las tinieblas y manifiesta las intenciones de los corazones (1 Corintios 4:5). Tiene la potestad de dejar al

desnudo a los hipócritas, pues él conoce todo. Luego aquí oímos lo que Giezi pensaba y el plan que trazó (2 Reyes 5:20). Pensó que su secreto quedaría oculto. No tomó en cuenta al Dios viviente. ¡Qué fallo de cuentas, qué error pensar que podía abusar de su posición y de la autoridad del varón de Dios sin sus serias consecuencias!

Giezi, llevado por el deseo de riqueza y dinero, fue de pecado en pecado. Es una amarga lista de mentiras, pecado y trampas, de menosprecio a su señor y abuso de su autoridad. En efecto, raíz de todos los males es el amor al dinero (1 Timoteo 6:10). La avaricia no es nada menos que idolatría (Colosenses 3:5). Giezi tuvo incluso la osadía de jurar a Dios que correría tras Naamán y tomaría algo de él: “Vive Jehová...”. ¡Qué falso juramento más descarado! Giezi dio la impresión de ser piadoso, pero pronto fue puesto al descubierto.

El criado del profeta tenía poco respeto por los tratos de su señor. Era incomprensible para él que su señor hubiera ayudado a ese sirio, a ese enemigo de Israel, sin compromiso alguno. Según parece, daba poca importancia al hecho de que con motivo de ello, Naamán había llegado a conocer al Dios de Israel y había aprendido a vivir por gracia. ¡Sería una

lástima perder una oportunidad así! ¡Rápidamente corrió tras él para compensar este descuido!

Naamán vio a alguien que corría tras él. Se bajó del carro y dijo preocupado: “¿Va todo bien?” (2 Reyes 5:21). Giezi tenía su mentira a punto. Dos profetas (pobres) habían venido a Eliseo. La cuestión, ahora, era si ellos podían tener un talento de plata y dos vestidos nuevos. Pues claro, contestó Naamán. Estaba contento de poder mostrarle su gratitud al respecto, y le dio el doble de la cantidad de plata que pidió. Con el auxilio de los criados de Naamán, Giezi se llevó todo a la colina cerca de la casa de Eliseo. Allí se despidió de los hombres y escondió el tesoro en lugar seguro (v. 22-24).

Su confrontación con Eliseo

Como si nada hubiera ocurrido, Giezi entró y se puso delante de su señor. Fingió ser un criado fiel. Eliseo hizo una pregunta reveladora: “¿De dónde vienes, Giezi?” (v. 25). Preguntas tan penetrantes son características de las Escrituras. En el libro del Génesis, por ejemplo, encontramos tres preguntas vitales: “¿Dónde estás tú?” “¿Qué has hecho?” “¿De dónde vienes tú, y a dónde vas?” (Génesis 3:9; 4:10; 16:8).

Con una última mentira, Giezi intentó ocultar su engaño:

“Tu siervo no ha ido a ninguna parte” (2 Reyes 5:25). Literalmente, dice que no fue por tal ni cual camino. Luego sigue su desmentamiento, pues Dios había revelado la verdad a Eliseo. Vio lo que ocurrió: “¿No estaba también allí mi corazón, cuando el hombre volvió de su carro a recibirte?” (v. 26).

Eliseo aún planteó una pregunta indagadora: “¿Es tiempo de tomar plata, y de tomar vestidos, olivares, viñas, ovejas, bueyes, siervos y siervas?” (v. 26). Giezi pensó, en efecto, que ésta era una oportunidad única para edificar una vida para él solo. ¡Pero aun hoy, los creyentes son fácilmente influenciados por la prosperidad material! Si nos servimos de esta pregunta con algo más de libertad, vemos aquí que Giezi no reconoció la naturaleza real de los días en que vivía. No comprendió que era tiempo en el cual el juicio estaba cercano (véase Lucas 12:56), ni entendió que era mejor vivir en vituperio con el varón de Dios que vivir en prosperidad. ¿Y qué hay de nosotros? ¿Nos damos cuenta de que vivimos en los postreros días? ¿Somos entendidos en los tiempos, y sabemos lo que Israel debía hacer? (véase 1 Crónicas 12:32). ¿Deseamos ser fieles siervos del Señor, que aman su venida?

Su castigo

Giezi fue castigado equitativamente con la misma enfermedad de la que se había curado Naamán. Ahora que se había apropiado injustamente de la plata de Naamán, también recibió su enfermedad. Además, fue un castigo colectivo (véase Josué 7:24; Daniel 6:24). La lepra de Naamán se pegaría a él y a su descendencia para siempre (2 Reyes 5:27).

Después Giezi dejó a su señor: “Y salió de delante de él leproso, blanco como la nieve” (v. 27; véase Éxodo 4:6; Números 12:10). Totalmente marcado por la enfermedad, “salió de delante de él”. Era una imposibilidad moral para él permanecer cerca de Eliseo, aunque podía declarársele limpio según la ley con respecto a la lepra (Levítico 13:13). Este severo castigo fue de acuerdo con la gravedad de sus pecados:

1) No tomó en cuenta que raíz de todos los males es el amor al dinero.

2) Cedió a sus deseos carnales de dinero y riquezas.

3) Abusó de la autoridad del varón de Dios ante Naamán.

4) Mintió al profeta.

5) Manchó la reputación de la misericordia divina delante de un no israelita.

6) No mostró una comprensión correcta de los postreros días en que vivía.

¡Pero qué terrible para alguien que había vivido tan cerca de Eliseo tener que salir de delante del profeta de esa manera! No sabemos si lo volvió a ver. Éste es un serio aviso para los cristianos profesantes, para todos los que conocen superficialmente a Cristo, el Varón de Dios, pero que todavía no lo conocen en sus corazones.

El final de Giezi nos hace pensar en lo que Pablo, profeta importante del Nuevo Testamento, escribió a los corintios que profesaban conocer al Señor: “El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema. El Señor viene” (1 Corintios 16:22). Tal persona debe sufrir pena de eterna perdición, excluida de la presencia del Señor y de la gloria de su poder (2 Tesalonicenses 1:9).

H. Bouter

En ningún otro hay salvación;
porque no hay otro nombre bajo el
cielo, dado a los hombres, en que
podamos ser salvos.

Hechos 4:12

Dios ordenó el cuerpo... para
que no haya desavenencia en el
cuerpo, sino que los miembros to-
dos se preocupen los unos por los
otros.

1 Corintios 12:24-25

No améis al mundo, ni las cosas
que están en el mundo.

1 Juan 2:15

Ahora está más cerca de noso-
tros nuestra salvación que cuando
creímos. La noche está avanzada, y
se acerca el día.

Romanos 13:11-12

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los **19 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2020-21. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 10 \$ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago:

- PayPal: Si utiliza este medio, tendrá que introducir la dirección de e-mail: revista@creced.ch.
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de \$ EE. UU. o de Euros en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
